



Buenos Aires, agosto de 2019

Circular Nº 596

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol de Distrito Enrique Minio.

“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.”

(1 Corintios 11: 23-24)

Este Servicio Divino se refiere a la comunión con Cristo y el texto forma parte de la carta a los corintios, del Apóstol Pablo. Sus cartas fueron las primeras escritas a las comunidades cristianas. También el Evangelio de Marcos relata parte de esto. Se trata de cuando Jesús cena con sus discípulos e instituye la comunión con Él, la Santa Cena, como nosotros la llamamos.

En primer lugar, si venimos a la casa de Dios con el corazón cargado y así lo dejamos, difícilmente podamos darle lugar a la palabra de Dios. Y sin esto no vamos a llegar a tener la comunión con Cristo. Por eso es tan importante preparar nuestro corazón. Porque la comunión, la Santa Cena, es el único Sacramento que se repite en cada Servicio Divino, cada vez que Dios nos llama a su casa. En cambio el Bautismo y el don del Espíritu Santo, los recibimos una sola vez. Esto nos va dando fuerzas para ir venciéndonos a nosotros mismos e ir alcanzando la imagen de Cristo.

Entonces ya Cristo, estando con sus discípulos, les enseñaba. Algunos no lo aceptaron cuando Él dijo “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero (Juan 6:54)”. La Escritura relata que muchos se apartaron cuando Él dijo eso. No pudieron comprender qué significaba.

En Juan 6:51 dice: *“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.”*

¿Qué quiere decir esto para nosotros? Para poder alcanzar la imagen de Cristo necesitamos ir asemejándonos a Él, cada día, poco a poco. No somos solamente seguidores de Cristo. Seguimos a Cristo, quedamos fieles a Él, pero queremos también ser sus discípulos. Queremos alcanzar su imagen por amor a Él. Sabemos que tenemos una promesa. Pero queremos quedar a su imagen no solo por lo que Dios nos va a dar sino también por amor a Cristo, porque estamos convencidos. Entonces, necesitamos tener parte con Él. Que vaya siendo parte de nuestra vida. Necesitamos de esta comunión con Cristo.

Al celebrar la Santa Cena, tomamos las hostias, que son pan con tres gotitas de vino. Esta es la parte que corresponde a la naturaleza humana. Luego son consagradas. A través de la palabra y de la fe, adquieren el cuerpo y la sangre de Cristo. Es decir, la parte humana y la parte divina. Pero, ¿cómo me preparo? Primero, debo reflexionar qué implica.

En unos versículos siguientes al que hemos leído, habla de tomar la Santa Cena indignamente. Porque uno puede tomarla a la ligera. Entonces volvemos a pensar cómo nos preparamos.



Ya en lo material, cuando comemos algo, masticamos el alimento. Si no, no haría su mismo efecto, es más, creo que hasta nos haría mal. En lo espiritual, si yo como el cuerpo de Cristo sin haber “masticado”, estoy yendo por camino errado. No me hará efecto. Cuando hablamos de “masticar”, espiritualmente, no nos referimos ya a la hostia sino a reflexionar previamente sobre la comunión con Cristo.

En primer lugar, reflexionamos sobre la vida de Cristo. Qué hizo, para qué vino. Dios se hizo hombre, se encarnó para poder vivir lo que nosotros vivimos, sentir lo que nosotros sentimos, comprendernos. Es el único que puede realmente comprendernos. El único que puede saber qué es lo que estamos verdaderamente viviendo, en cualquier situación. Porque Dios transitó como hombre la tierra y vivió todo lo que el ser humano tiene que vivir. Ya lo vivió de manera muy especial cuando de pequeño estaba en el templo. Porque, además, vino a cumplir la voluntad del Padre. Por ello se entregó en sacrificio, por amor.

Entonces el otro punto: en ese camino que Él transitó, se entregó por amor a nosotros. Podemos reflexionar también cuánto amor nos tiene. Sabiendo que íbamos a pecar, entregó su vida. Lo hizo dejando el camino abierto hacia la comunión eterna con el Padre. Por un lado, entonces, reflexionamos sobre su vida y su enseñanza, el Evangelio que dejó, de manera tal que cada vez que caminemos para poder tener comunión con Cristo, digamos: “Yo quiero ser igual que Cristo”. Después, reflexionar también qué implica seguir a Cristo, porque Él se sacrificó por nosotros y en ello nos dejó la puerta abierta para la salvación. Asimismo, estableció el camino. Dijo: “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*” (Juan 14:6). Quiere decir que cualquiera de nuestras decisiones debería estar orientada hacia Cristo, a cómo Cristo habría pensado, hablado, actuado.

Un día Jesús llamó a los discípulos; ese llamamiento también lo hizo hacia cada uno de nosotros. Nos llamó a su casa y dijimos que sí. En la palabra que fue dada en 2018 por el Apóstol Mayor, “fieles a Cristo”, uno de los puntos era cumplir nuestras promesas. Cuando nos allegamos a la comunión con Cristo debemos revisar cómo estamos cumpliendo nuestras promesas ante el llamamiento. ¿Cuándo hemos dado estas promesas? En el Bautismo, donde somos librados del pecado original pero por nuestra parte nos comprometimos a renunciar al diablo, “a todo su obrar y ser”. Y si no lo hice en el Bautismo, lo hice en la Confirmación, entregándome en las manos del Padre. Entonces ya antes de venir a tomar la comunión, debo reflexionar si estoy cumpliendo la promesa de esforzarme, luchar por cumplir la voluntad de Dios y separarme de todo aquello que va en contra de su voluntad.

Con esto estamos trabajando por dos caminos para enriquecernos en Cristo. En el lema del año 2019, “ricos en Cristo”, una de las líneas de trabajo era rechazar todo aquello que me aleja de la voluntad de Dios y, por otra parte, tratar de seguir y poner por obra la voluntad de Dios.

En ese llamamiento, Dios nos invita a que podamos, al igual que los primeros discípulos, trabajar en pos de su Obra y servir a Dios y al prójimo. Trabajar implica “negociar” lo que Dios nos ha dado, es decir que los dones que nos dio puedan multiplicarse. En esa multiplicación, podemos ser testimonio para quienes nos rodean. Es otra reflexión antes de acercarnos a la Santa Cena: cómo estoy trabajando en mi alma los dones que Dios colocó y cómo los estoy llevando en testimonio hacia quienes nos rodean.

Esto nos va a llevar a poder vivir un profundo agradecimiento: otro de los pasos para poder ser ricos en Cristo.

Toda esa reflexión debería estar en nuestro corazón cada vez que venimos a la casa de Dios a recibir el cuerpo y la sangre de Jesús. ¿Y qué importancia tiene esto? Cuando



recibimos la Santa Cena estamos diciendo: yo creo en esto y me confieso a Cristo. Me confieso a su sacrificio y su muerte, a su resurrección y a su retorno. ¿Lo espero a Cristo? Porque si lo vengo a buscar y quiero tener comunión con Él, quiere decir que quiero fortalecer mi vida de fe para alcanzar ese día. No solo nos hemos comprometido a seguirlo sino que recibimos el don del Espíritu Santo para poder ser parte del día del retorno y del milenio de paz, donde podamos trabajar junto con Él.

Esta es toda la reflexión que debo colocar en mi corazón antes de gustar la comunión con Cristo. También tengo que reflexionar cómo está mi alma y si reconozco lo que debo cambiar.

Luego nos detendremos en el momento del arrepentimiento para recibir el perdón. Es el paso previo.

Pero uno podría decir: ¿Para qué tengo comunión con Cristo? ¿Qué obtengo? ¿Qué efectos debería producir en mí? Si yo tengo a Cristo en mí, he recibido el perdón y ahora estoy en comunión con Él, debería llevar paz en el corazón. No debería tener absolutamente ningún temor.

Hemos recibido un espíritu de poder, de amor y de dominio propio, dice el Apóstol Pablo en una de sus cartas (comparar con 2 Timoteo 1:7). Ahora bien, cuando me alejo de Dios, me alejo también del Espíritu Santo, es decir, me alejo del trino Dios: Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tengo que dar lugar para que el Espíritu Santo actúe en mí, que sea parte de mi vida. Cuando vuelvo a tener comunión con Cristo, vuelvo a tener conmigo la potestad, el poder del Espíritu Santo. ¿Y qué debería producir en mi vida esto? En primer lugar, paz. Vivir en paz. No la paz que el mundo me da sino la paz que solo Cristo puede dar.

Luego, confianza en el Padre. No significa que las cosas van a salir como yo espero. No es ese el efecto de la comunión con Cristo. Venimos a buscar las fuerzas y cuando tengo paz, tengo también claridad. Si tengo claridad, mis decisiones cotidianas van a ser las correctas. Y si tomo decisiones correctas, voy a ir en camino de resolver todo lo que se presente frente a mí.

Pero este no es el fin que buscamos sino alcanzar la gloria junto al Padre. Por lo tanto, no queremos detenernos solo en decir: Dios me va a ayudar en lo que estoy viviendo cotidianamente si tengo comunión con Él. Nos estaríamos quedando cortos en nuestra ambición, deseamos mucho más.

Tener paz en el corazón, tener confianza en Dios y no tener temor por lo que venga es la posición que Cristo tuvo, más allá de que en un momento dado le dijo: Padre, pasa este vaso de mí, mas no como yo quiero sino como tú quieras (comparar con Mateo 26:42, Lucas 22:42). Hay situaciones en la vida que nos va a tocar llevar y Dios va a estar con nosotros. Cuando tenemos comunión con Cristo y tenemos a Cristo en nosotros, se genera un efecto de paz y confianza, sin temor.

Eso va a producir que demos también lugar al llamamiento y a transitar la vida siendo un testimonio de la Obra de Dios. Vamos a llevar la actitud de Cristo en cada una de nuestras decisiones. Esto se va a manifestar. Vamos a decidir pensando en cómo decidiría, cómo hablaría, cómo actuaría Cristo. Entonces vamos a comenzar a ser testimonio más allá de nuestra palabra. Podemos invitar, podemos hablar de Dios, pero el mayor testimonio es nuestra vida.

Eso es lo que nos da la comunión con Cristo. Cuando yo tengo a Cristo en mí, cuando Cristo vive en mí, lo hace a través de mis pensamientos, de mis palabras y de mis actos.

Debería ser el efecto que produzca. Por lo tanto cuando me manejo con paz, con confianza, sin temor, sabiendo que en mí está Cristo y que decido lo correcto, que puedo valorar correctamente el bien y el mal, en mi corazón habrá agradecimiento. Cuando no siento agradecimiento tengo que revisar si Cristo está viviendo en mí. Cuando estoy mirando lo



que me falta, claramente tengo que pensar cómo es que no puedo valorar lo que tengo. Porque no se trata de no tener proyectos y de ser conformistas. No es esto. Tenemos muchos proyectos en nuestra vida, porque esto es muy bueno. Pero a esos proyectos tenemos que ponerles también límites. Porque Dios nos creó para cosas mucho más grandes que las que estamos viviendo aquí. Nos creó para una gloria eterna con Él. Siempre queremos más, pero sobre esta tierra tenemos que poner límites, porque eso nos puede llevar a que no coloquemos las prioridades correctas.

Si yo espero el retorno de Cristo, sé a qué le voy a dar importancia en mi vida. Cuando coloque las prioridades va a haber cosas que voy a descartar, porque no son buenas para mi alma. Este debería ser el efecto de la comunión con Cristo: tener sabiduría para decir “hasta aquí”. Si sabemos poner límites no vamos a vivir preocupados. Porque la preocupación no nos soluciona nada. El ocuparnos de una situación nos soluciona las cosas.

Cuando pongo límites y sé a qué dedicarme, me ocupo de las cosas. Con claridad, porque llevo a Cristo en mi corazón, voy a decidir lo correcto.

Por último, dice en una palabra del capítulo 7 de Sirach (un libro apócrifo): *“En lo que hagas, considera el final, entonces jamás harás el mal”* (Sirach 7:40). Cuando miro el final en mi decisión, puedo decir: “este no es el sentir de Cristo” y lo descarto, porque no tomo decisiones que vayan en contra de la voluntad de Dios.

Entonces, el efecto de la comunión con Cristo debería ser paz, confianza, sin temor; alegría y agradecimiento; testimonio y decisiones correctas en mi vida. Para alcanzar la gloria eterna junto al Padre y trabajar con Cristo cuando Él venga a buscarnos.

Por tanto, antes de participar de la Santa Cena, tengo que reflexionar cómo está mi vida, para hacerle lugar a Cristo en mi corazón. Y luego de que recibí la comunión con Cristo, ya sé cuál es el efecto que debería provocar. ¡Quisiéramos valorar esta comunión y que dichos efectos puedan verse en nuestra vida!

* * *